

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al
«trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al «trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2026

© Pranas Chile Ediciones, 2026

Todos los derechos reservados.

Contrametodología de investigación

La terapia narrativa de la dignidad detiene los procesos de interpretación que van de lo externo a lo íntimo y abre una investigación que va de lo íntimo a lo externo. Por eso entiendo la terapia narrativa, incluidos los mapas que propuso Michael White para indagar, como una contrametodología de investigación. Las metodologías habituales anteponen un marco interpretativo a las expresiones de las personas y, al hacerlo, construyen el fenómeno que dicen investigar, muchas veces sin respetar los saberes locales que le dan forma. Acá la expresión de la gente no necesita un marco externo que la explique. Es ella misma la puerta de entrada a los saberes y a los sentidos que la sostienen, y lo que necesita es una respuesta capaz de enriquecer los relatos que pueden derivar del acervo de memorias, imágenes y vida de cada persona.

Por eso, más que en las preguntas que uno hace, que es lo que suele acentuarse, las prácticas narrativas se apoyan en categorías de indagación, categorías de curiosidad subversiva, que contribuyen a que las personas construyan los sentidos que están dando forma a sus acciones.

Un ejemplo quizás burdo, pero no menor. Un niño llora todos los días. Desde un marco externo, el llanto se llena rápido de significado. Es llorón, tiene baja tolerancia a la frustración, tiene TDAH, está traumatizado. Como esos marcos se imponen desde voces aventajadas en el poder, adultos, profesores, psiquiatras, psicólogos, médicos, lo más probable es que no abracen el sentido del llanto, sino que se lo impongan. Al llanto se le pone el significado de patalita, y el niño aprende de sí mismo que no tolera la frustración, que no sabe controlarse, que es débil.

No basta con preguntarle por qué llora, ni a qué responde su llanto, ni qué le hicieron, porque puede contestar «soy llorón», «soy débil», «soy algo». Necesitamos averiguar con más sofisticación en respuesta a qué es ese llanto, entendido no como un estado interno ni una característica del niño, incluido el trauma, sino como una acción que responde a algo y moldea aquello a lo que responde. Tengo miedo de llegar a la casa porque mi papá me pega. No

quiero ir al colegio porque me hacen bullying, no me dejan jugar, me humillan, me hacen burla. Quizás un niño no lo diga con esas palabras, pero en el lenguaje de la cultura de las niñeces puede estar diciendo algo parecido. El niño no es un receptor pasivo del bullying. Su doler no es el resultado natural del maltrato. Es una acción para resistir al abuso, y entonces nos interesa cómo se hizo posible doler en lugar de resignarse.

No asumimos que tenemos los marcos para dar sentido a las expresiones. Son las expresiones mismas las que abren la entrada a los significados. Vamos a indagar en lo que ya está ahí, aunque esté desorganizado, y a construir una historia desde los sentidos que las personas le dan a su propia experiencia, desmarcándonos de los marcos hegemónicos que ya pasaron por encima de esas experiencias atribuyéndoles un significado.

Vinculadas al doler como un logro, estas prácticas no entienden la emoción ante todo como algo que posibilita otra cosa, aunque algo de eso haya. El doler ya es la respuesta, y mi tarea es comprender cómo esa respuesta se hizo posible. Doler en lugar de ser indiferente. Por eso digo que son una contrametodología de investigación.

Cuando digo que me interesan más las categorías de indagación que las preguntas, me refiero a que las preguntas son el resultado, y no el origen, de la curiosidad narrativa. Entiendo el doler como un fenómeno complejo, no unívoco, y son esas categorías las que me ayudan a darle forma a preguntas comprensibles, que abracen el lenguaje local de cada persona, su universo simbólico, y que andamien la construcción de marcos locales que enriquezcan el sentido de sus propias expresiones. Por eso decimos que las prácticas narrativas son subversivas. Subvierten muchas de las metodologías de investigación que se usan habitualmente, incluso en procesos asociados a los movimientos sociales, y que corren el mismo riesgo de imponer significados.

Interferencias narrativas

Existe una palabra que he dejado de usar hace tiempo y que quiero explicar por qué. La palabra es intervención. Históricamente, la palabra intervención en el área de la psicología y de la psiquiatría proviene de un lugar muy particular. El paciente es alguien anestesiado o esperando la intervención del profesional. El saber está impuesto. Al intervenir, impongo algo. Esa es la historia de la palabra y sus usos.

Si usamos la palabra intervención desde una ética diferente, desde la ética de las prácticas narrativas, podríamos usarla sin problemas. El asunto es que la palabra intervención está muy cargada de significados de otras prácticas. Por eso propongo otra cosa. La palabra que propongo es interferencia. No hablo de intervención narrativa, sino de interferencias narrativas.

La interferencia viene de las ondas de radio. Durante la dictadura en Chile había una radio que era una interferencia de la resistencia a las radios hegemónicas. Esta radio no tenía los recursos para poder tener sus propias ondas, sus propias sintonías. Entonces lo que hacían era sumarse a las ondas de la radio hegemónica e interferirlas para contar otra historia. Contar la historia de la resistencia.

Uno podría decir que eso es una intervención también. Y si definimos intervención de ese modo, estaría de acuerdo. No tengo un problema con la palabra en sí misma, sino con el ámbito desde el cual la estamos usando. Esta intencionalidad de decir qué pasa si no hablamos de intervención sino de interferencia obliga a pensar desde otro lugar. Después podemos incluso entre nosotros, tomando una cerveza, hablar de intervención y da lo mismo, porque sabemos de qué estamos hablando. Pero en un congreso de psicología tendría más cuidado, porque quizás la gente va a entender algo que yo no quiero que entienda de lo que estoy haciendo.

La interferencia, pensada desde esa historia de la radio de la dictadura, dice: nos sumamos a todos los recursos de los discursos dominantes y hacemos documentación y hacemos certificados, pero contradocumentación,

contracertificados. Lo que importa es el concepto, no la palabra. White no por nada le pone K a la catarsis y no C, porque la C es la catarsis moderna que adquirió el significado de olla a presión. Cuando volvemos a la K es una forma intencionada de decir que es otro concepto, no la catarsis que se suele nombrar. Es un juego que abre distinciones.

Lo mismo ocurre con la distinción entre violencia y abuso en el trabajo con personas que ejercen abuso. Hacemos una distinción clara entre ambos conceptos. Y después de hacerlo, empezamos a usar la palabra violencia como sinónimo de abuso también, porque lo que estamos cuidando es la diferencia conceptual y el acuerdo de que si vamos a estar usando esa palabra va a estar significando este concepto y no los otros.

La derecha hegemónica es experta en este tipo de operaciones. Son pro-vida por ser antiaborto. Me pregunto cómo recuperamos el secuestro de lo pro-vida. Creo que debiéramos, en nuestros carteles pro aborto, poner «aborto libre pro-vida». Somos pro-vida, por eso somos pro aborto. Lo mismo con la ley y la libertad. Por eso es tan importante tener estas conversaciones y entender que la palabra en el fondo no vale mucho por sí misma si no definimos el concepto. La derecha puede usar esas palabras con tanta holgura porque no están subvirtiendo nada. Están parados en la hegemonía. Pueden usar esa palabra sin tener que explicarla. Así como un psiquiatra no tiene que explicar que su fundamento es que cree que la persona es el problema, y desde la terapia narrativa tenemos que explicar que la persona no es el problema.

*Lllaman orden público a la obediencia y la represión, seguridad al
clasismo y a la heterocis norma y propiedad privada a la
expropiación y acumulación extractivista y colonial.
Controlan y asesinan el cuerpo de las mujeres en nombre de la vida.
Venden la patria al imperio en nombre del nacionalismo. Explotan
personas, animales y medioambiente en nombre de la libertad.
Quitan derechos fundamentales en nombre de la democracia.
Humillan, torturan y matan a las disidencias en nombre de la
familia y de Dios y rotean el resentimiento cuando es en realidad
esperanza en estado puro.
(ÍLG)*

Influencia descentrada: dirección sin imposición

En los libros y la literatura narrativa en castellano, la posición del terapeuta se ha traducido del inglés *decentred but influential* como «descentrado pero influyente». Yo prefiero traducirlo de otro modo. Entiendo lo descentrado como un adjetivo de lo influyente. Influencia descentrada. Es una forma de ejercer influencia que es descentrada, no una cosa y la otra por separado.

Necesitamos ejercer una influencia para que el trabajo resulte. Si hay fuerzas operando en la dirección que toman las interpretaciones de las personas acerca de sus vidas, si hay fuerzas determinando qué historias van a narrarse y cuáles no, y si nosotros no ejercemos alguna influencia en esa dirección, no es que no haya influencia en la vida de la persona. Es que otras fuerzas sociales, políticas, discursivas, tienen más espacio para ejercer su fuerza en la dirección que van a tomar las conclusiones de las personas acerca de sus vidas.

No es que no va a haber una dirección. Hay fuerzas que están operando en la dirección que toma el relato que va a tener fuerza en inteligir nuestras vidas. La influencia implica dirección y nuestro trabajo es de influencia descentrada. Ejercemos mucha influencia, no poca. Queremos influir un montón en la vida de la gente, pero descentradamente.

Esto quiere decir que no le impongo saberes hegemónicos a la persona de cómo debería estar viviendo su vida, cómo debería estar pensando, cómo

debería estar valorando las cosas. Pero mi influencia no es neutral. No existe influencia neutral desde esta perspectiva. Ninguna influencia es neutral. Todas tienen implícita alguna idea acerca de la vida. Todas nuestras preguntas, nuestras conversaciones, no importa el modelo desde el cual estemos trabajando, implican valores, convicciones, supuestos a la base, ideas acerca de la vida, éticas.

Por eso escribí Dignidad por partes, porque es una forma de establecer un territorio donde nos paramos a trabajar desde el cuidado, el consentimiento, la ternura, la memoria, el nombrar, en distintos ámbitos de la vida. Y eso no es neutral, en absoluto. Igual que la psiquiatría no es neutral. Pensar que una mujer que vivió abuso y que está viviendo lo que está viviendo, incluyendo flashbacks, memorias intrusivas o pesadillas, es bipolar, no es neutral. La bipolaridad, además, ¿dónde está? Porque el fenómeno existe, la experiencia de esa mujer es real. Pero si yo construyo esa experiencia como una experiencia de síntomas, para ponerle una patología, entonces la experiencia sigue siendo real, pero la patología, que no está en el cuerpo, que es una metafísica en este caso, empieza a ser una ficción política. Y una ficción política siempre está al servicio de algún interés. Algunos dicen que del bienestar de las personas, y yo sé que algunos lo creen y lo tratan de usar así, sin duda, pero claramente la psiquiatría y la psicología normativa son tecnologías, instituciones de control social. Porque si nombramos a las personas y las nombramos como enfermas cuando están respondiendo a abusos, y no nombramos los abusos como el tema, ni las respuestas y la resistencia como el tema, entonces no estamos siendo neutrales. Estamos enfermando a una persona para poder trabajar con ese cuerpo, reduciendo a un cuerpo todo el fenómeno político que esto implica. Privatizar en el cuerpo un fenómeno político, y privatizarlo enfermándolo, culpándolo de que está así porque es bipolar.

Entonces la influencia descentrada implica que la persona es la experta en su vida. Esta simple frase anula la posibilidad de establecer teorías psiquiátricas o psicológicas de la expresión vital de las personas, porque desde el momento en que lo hacemos estamos traicionando esa ética y estamos inventándonos

como expertos, situándonos en el lugar del colonizador. Al descentrar nuestro poder no estamos argumentando ni afirmando que estamos en desventaja o que la relación es horizontal, sino que, al contrario, estamos asumiendo nuestra posición de ventaja pero estamos decidiendo usarla desde una ética no colonialista, no impositiva, no autoritaria, que implica una ética de la colaboración, para que aquellos saberes locales íntimos de las personas estén al centro de nuestra conversación y se enriquezcan. Nuestro rol en el ejercicio de poder es ser lo suficientemente buenos investigadores, saber escuchar las expresiones de las personas, saber preguntar descentradamente, poder documentar los saberes que se están construyendo y poder vincularlos o distribuirlos de forma de hacerlos explícitamente colectivos.

En esto sigo a Michael White, que llama a esta posición del terapeuta «descentrada pero influyente». Descentrada porque las voces y los saberes de la persona consultante son privilegiados como fundamento de la conversación. Influyente porque el terapeuta sostiene activamente la conversación a través de mapas, andamiajes y preguntas que permiten que esos saberes se enriquezcan (White, 2016, p. 65).

Una precisión importante: dirección no es imposición. En la práctica narrativa damos dirección, porque orientamos la conversación hacia territorios de agencia, dignidad, cuidado, responsabilidad y relatos preferidos. Lo que no hacemos es imponer saberes ni ocupar el lugar de experticia sobre la vida de la persona.

El ejemplo más simple que puedo ofrecer es este. Si a alguien le pregunto «¿por qué haces el trabajo que haces?» es una pregunta muy amplia y las fuerzas hegemónicas van a tener mucho espacio para moldear la respuesta. Pero si le pregunto «¿cuáles son tus esperanzas, sueños o anhelos que más te sostienen en los momentos más difíciles de tu trabajo?», estoy ejerciendo una influencia muy clara, estoy llevando la conversación a un territorio particular de vida, no a cualquiera. Pero no sé la respuesta. La persona es experta en eso. La persona me puede decir la ternura, el cuidado, el derecho de los niños, la justicia. Y entonces yo voy a preguntar ¿qué es la justicia para ti? ¿Cuál es la historia de

ese valor? ¿Desde cuándo se empezó a hacer importante en tu vida? ¿Cómo lo has ido abrazando? Dame ejemplos de tú cuidando y honrando eso. No sé nada de eso, pero estoy influyendo. Estoy preguntando por las historias sociales y relacionales de esos valores. Estoy preguntando cómo lo ha hecho, los pasos que ha dado. Estoy preguntando ejemplos que ilustren cómo lo vive en el cotidiano.

Entonces, yo estoy ejerciendo una influencia hacia un territorio preferido de identidad. Del cual van a surgir preguntas después acerca de qué imagen se pinta de sí misma en relación con estos compromisos, cómo la ven las demás que conocen que estos son sus anhelos. Voy a preguntar por conclusiones de identidad cuando esos territorios estén enriquecidos. Y voy a preguntar ¿desde estos lugares, dónde te quedas en esta conversación? ¿Qué posibilidades se abren? ¿Te puedes imaginar un nuevo paso que dar en esa dirección? Tiene que ver con la agencia. Es muy concreto. Es la materialidad de la acción a la que quiero convocar a las personas, pero desde mi trabajo, que es enriquecer relatos preferidos, preguntar por conclusiones de identidad y después preguntar por qué acciones se hacen posibles, qué pasos se hacen posibles que antes no. En el territorio de «soy la mala trabajadora» no podías hacer esto. Desde acá, ¿qué se te ocurre? Yo no le digo lo que tiene que hacer, sino que le ofrezco un territorio desde el cual ella misma se para a pensar en acciones preferidas. Y eso es agencia.

«Es solo una especulación»: imaginación narrativa al servicio del entramado de relatos preferidos

En el archivo de Michael White del Dulwich Centre hay una grabación de una conversación de re-membranza que parece ser la misma que White narró después por escrito, con ediciones, en Mapas de la práctica narrativa.⁴ Ahí llama Jessica a la mujer que consulta, y voy a conservar ese nombre, aunque sigo la grabación, así que no todo lo que cuente calza con la versión escrita. Jessica